



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Universidad de la República

Facultad de Psicología

Licenciatura en Psicología

Trabajo Final de Grado

Ensayo Académico

**El sujeto de la felicidad: miradas desde la hipermodernidad y la
psicopolítica**

Esteban Gabriel Suárez Pólvora (CI 54489416)

Tutora: Adj. Mag. Virginia Masse

Revisor: Asist. Dr. Mauricio Cheguhem

Octubre, 2024

Resumen

Este trabajo analiza la relación entre la subjetividad y la felicidad en la contemporaneidad. Se desarrolla la problemática actual de la felicidad, en tanto deviene en un imperativo epocal de la Hipermodernidad que supera ampliamente el peso que tuvo en los comienzos de la Modernidad. Por tanto, se toma dicho término en los múltiples usos y significados que se le otorgan en el imaginario social contemporáneo en las redes sociales, en las prácticas de coaching ontológico y en la literatura de autoayuda. El imperativo de felicidad en términos ideológicos y discursivos es actualmente un agente productor de subjetividad que insta de forma constante la búsqueda de la felicidad proponiéndola como un estado de relativo fácil acceso. Mucha incidencia tiene en esta situación, la interconexión que guarda con los demás discursos que discurren en el presente y que glorifican el rendimiento, la competencia, la excelencia, la mercantilización de la vida y la autosuficiencia. Este entramado discursivo en el que se inserta la felicidad está articulado por el individualismo que la psicopolítica de la ideología neoliberal coloca como verdad irrevocable en estos tiempos hipermodernos instalando en el sujeto la certeza de que es dueño de sí y un ser independiente. En consecuencia, transforma a la felicidad en un asunto privado y de responsabilidad individual que produce sufrimientos y malestares subjetivos por su búsqueda frenética y su efímera aparición. Este dispositivo mientras que quita de las discusiones todo el trasfondo económico, político e ideológico que la hace emerger, promueve la homogeneización de su sentido y significado, no dejando lugar a la polisemia y a la singularidad.

Palabras clave: imperativo de felicidad, hipermodernidad, subjetividad, psicopolítica

Introducción: el problema de la felicidad contemporánea

Este Trabajo Final de Grado (TFG) se propone analizar la significación social de la felicidad, su impacto y efecto en la subjetividad y las mutaciones acaecidas en esta época. La felicidad es actualmente objeto de una búsqueda interminable por parte de los sujetos contemporáneos: “en el discurso común la felicidad no es ya una opción, sino una obligación, un must; es el valor esencial de la mercancía que producimos, compramos y consumimos” (Berardi, 2003, p. 29). La felicidad desde la Ilustración ha estado en los textos más clásicos que promueven los valores de la ilustración ya sea la racionalidad, los derechos humanos, la libertad, la ciencia o el progreso y que se asentaron en el comienzo de la Modernidad.

John Stuart Mill, célebre filósofo libertario, en sus obras *El Utilitarismo* (2002) y *Sobre la Libertad* (2014), hace cuajar conceptualmente la libertad con el individuo y la felicidad. En la primera, sostiene un principio de máxima felicidad en el que lo correcto y lo verdadero es lo que genera mayor felicidad para el mayor número de personas posibles, en la que esta se parangona al bienestar o al placer y a la ausencia de dolor o sufrimiento. En la segunda, comprende la libertad y la individualidad como uno de los elementos esenciales para el bienestar y la felicidad humana.

Voltaire en el *Cándido* (2014) expone una sátira en donde al personaje homónimo le suceden una serie de desdichas y desgracias contrariando su creencia de que se vive en “el mejor de los mundos posibles”, de esta forma Voltaire ironiza con el optimismo filosófico de Leibniz. Cándido luego de su infeliz viaje concluye que “debemos cultivar nuestra huerta”, refutando la idea de que “todo sucede para bien”, aceptando una felicidad más terrenal y práctica que se preocupa por las cuestiones más próximas, en lugar de esperar que la naturaleza haga todo el trabajo. Más allá de la disputa filosófica, la felicidad es un tema central en dicha obra.

Adam Smith, padre del liberalismo económico, en su obra *La Riqueza de las Naciones* (2015) expone que el fin del Estado es garantizar la libertad y la propiedad privada en donde una “mano invisible” acaba por generar beneficios para la sociedad cada vez que una persona persigue intereses puramente individuales. Asimismo, en su *Teoría de los sentimientos morales* (2014) afirma que las instituciones del gobierno civil bien pueden fomentar o perturbar la felicidad de los individuos, ya sea alentando y promoviendo la virtud o haciéndolo.

Rousseau (1999) en el *Contrato Social* sostiene que los individuos renuncian a su independencia natural para acceder a los beneficios del Estado en términos de libertad, seguridad y unión social para conservarse y ganar en bienestar, generando el ‘lazo social’. La cuestión de la felicidad aparece puntualmente en su crítica a los Estados de Monarquía, en donde afirma que no tienden a la felicidad pública.

Estos pensadores emblemáticos de la Modernidad y la Ilustración más allá de las valoraciones y juicios que se puedan realizar de sus posturas incorporaron la felicidad en el debate intelectual que se estaba gestando y que traería consecuencias a nivel social, económico y político. Si bien los sentidos son disímiles, la noción de felicidad también emergió en las producciones de ese tiempo. Pero al decir de Lipovetsky (2000):

Sin duda, con la Ilustración, la felicidad logró imponerse como un ideal social, pero, tanto en la jerarquía de los valores como en las normas sociales efectivas, se ha visto relegada a un segundo lugar, sometida como estaba al orden superior de los deberes de olvido de sí mismo. Esta regulación del primer momento democrático ha cumplido su etapa: nuestra época ha trastocado la jerarquía moralista de las finalidades, el placer se ha vuelto en parte autónomo respecto de las reglas morales, la felicidad subjetiva es la que irriga la mayor parte de la cultura cotidiana. (p. 50)

Este imperativo de felicidad que se muestra como protagónico de esta época es resultado de una serie de asociaciones e interacciones entre redes que se conforman en el plano de lo social y que configurando sentidos, significados y proyectos sociopolíticos instalan modos de producción subjetiva en prácticas concretas de una sociedad y un tiempo histórico, en este caso, el de nuestro tiempo, el deber de la felicidad se divisa en el uso de las redes sociales, el *coaching* y la literatura de autoayuda. Cada uno de estos componentes tiene su aporte específico en la consolidación de la felicidad como imperativo, de cualquier modo hacen confluír a grandes rasgos las mismas matrices ideológicas.

A continuación se va a explicar el papel concreto de estos componentes en la determinación del imperativo de felicidad. Luego, se van a desplegar potenciales líneas de análisis y comprensión de este fenómeno problematizado a partir de las matrices ideológicas que lo sustentan que en términos generales refieren al individualismo, al neoliberalismo capitalista y a la psicopolítica implícita en ellos.

Es oportuno clarificar que en este trabajo cuando se utilice específicamente el término *redes sociales* es para referir a esas tecnologías de software, apps y soportes digitales que permiten crear comunidades de personas que se vinculan, interaccionan y se comunican por diversos intereses y en tiempo real, en donde la proximidad física no es relevante, por ejemplo, Facebook, Instagram, Twitter, entre otras. En estas plataformas se da un tipo particular de interacción entre sujetos, motivo por el que el imaginario social y las significaciones empiezan a recorrerlas impregnando percepciones, proponiendo ideales y subjetivando en consecuencia. Entre ellos aparece la felicidad generando agenciamientos, en tanto que se genera una multiplicidad de enunciados relacionados con la felicidad que se mueven y recorren las subjetividades contemporáneas.

Hay varios lugares en donde se hallan manifestaciones del imperativo de felicidad que aquí se comenta, uno muy prolífico es justamente las redes sociales. A través de fotos, videos, estados, historias, publicaciones, etc., los sujetos muestran en sus comunidades virtuales lo ‘feliz’ que están ‘siendo’. De acuerdo con Gallardo Vergara (2019):

Este imperativo de felicidad es posible rastrearlo, y ver su manifestación, en diversos otros ámbitos; uno de especial masividad se encuentra en las redes sociales. En ese espacio encontramos por ejemplo a la figura del youtuber, del influencer, el carismático hablador de sus puntos de vista, el presentador de su yo como marca. Los miles de fotos y comentarios en Facebook, Twitter, Instagram, como un verdadero escaparate de autoexpresión, de perfección, éxito y de alegría flotante. (p. 46)

Las redes sociales a partir de la interacción con retroalimentación instantánea colocan en el sujeto la convicción de que su propósito esencial es alcanzar la felicidad. Si se recorre por sitios de *streaming* o por motores de búsqueda o aplicaciones móviles adentrándose en estas *webs* de comunidades virtuales se puede observar fácilmente la copiosidad de materiales que refieren a la felicidad: “las redes sociales son el teatro principal para el despliegue de estos imperativos del estado del bienestar (horrible ironía): has de mostrar fotos de ti en lugares maravillosos pasándolo estupendamente con gente estupenda” (Cabeza Abuin, 2023).

Este escenario donde germina la felicidad obligatoria es también originado por el *coaching* ontológico que en conjunto con las redes sociales y la literatura de autoayuda ensamblan dispositivos de apropiación ideológica y cultural del discurso felicitario. “Se puede definir al *coaching* ontológico como una práctica conversacional que cuenta con métodos y procedimientos establecidos, y cuyo objetivo principal consiste en aportar a sus clientes las herramientas necesarias para sus metas de vida” (Álvaro et al., 2021, p. 16). Esta

práctica ‘terapéutica’ como todo fenómeno social y subjetivo no está apartado de coyunturas políticas, culturales y económicas que le permiten emerger en una época, siendo funcional a determinados valores y creencias que circulan.

Este conjunto de procedimientos reglados para lograr el ‘desarrollo personal’ a partir de la confianza y el compromiso verdadero que en principio se alejan de las concepciones de la autoridad tradicional, no hace más que colocar el control de los individuos en sí mismos (Alvaro, 2020). Cuando los *coaches* orientan las vidas de sus clientes hacia sus ‘metas’ hacen uso de la felicidad para direccionar objetivos. A pesar de que reniegan de su impronta recetaria en cuanto a la felicidad, “lo común es que, cuando se trata de manejo de las emociones, existan listas de pasos a seguir para deshacerse de las ‘emociones tóxicas’ y generar ‘emociones nutritivas’ o positivas” (Fernández, 2014, pág. 10).

En cuanto a la literatura de autoayuda, entre sus características centrales destaca una retórica en donde se unen términos habituales de las jergas psicológicas referentes a la autosuficiencia con enunciados de presupuestos filosóficos enfocados en la determinación de la felicidad y una ética de la responsabilidad y derecho a tomar decisiones autónomas con respecto a la propia personalidad (Béjar, 2011). Aquí convergen relatos científicos enredados con convicciones espirituales. Dada su plasticidad y el carácter pluriforme de su retórica logra sostener un sistema de significados cuyo núcleo es el individuo que se puede controlar a sí mismo independiente de las condiciones en las que se desenvuelve.

Uno de los ejes de esta literatura es que el sujeto destaque en el mercado laboral. Con ideas recurrentes como la ambición, la iniciativa, el vigor y la autoestima, el sujeto queda exento de las estructuras sociales que le atan para lograr el éxito y la felicidad, convirtiendo a la autoayuda en un discurso ideológico que propaga dicha cosmovisión sobre las bases de la autonomía (Brito Alvarado et al, 2020).

Tanto *coaching*, libros de autoayuda y redes sociales tienen un denominador común en su enunciación: la felicidad está ahí, es algo capturable por cada quien y como posibilidad existencial se debiera hacer un constante usufructo de ella a través de los diversos medios para alcanzarla. En palabras de Ahmed (2021, p. 321): “El deber de felicidad es un deber que se oculta bajo el signo de la libertad”.

El sujeto incitado por esta ideología entiende que no está actuando debidamente cuando no percibe este estado, motivo por el que se inclina a buscar perpetuamente la felicidad. “Los medios están saturados de imágenes e historias de felicidad” (Ahmed, 2021, p.24). Es un presente continuo en el que la búsqueda de la felicidad se ofrece como la mejor y casi única praxis posible. “La felicidad como algo dominante se esboza como incuestionable y si no se logra se vive como un fracaso, un imperativo que produce desastres” (Perez del Rio, 2007, s.p).

La felicidad con el advenimiento de los tiempos actuales hipermodernos, se ha convertido en un imperativo, en un mandato del «súper yo», se podría decir en términos freudianos.

Al establecer la felicidad como un objetivo imperativo y universal pero cambiante, difuso y sin un fin claro, la felicidad se convierte en una meta insaciable e incierta que genera una nueva variedad de «buscadores de la felicidad» y de «hipocondríacos emocionales» constantemente preocupados por cómo ser más felices, continuamente pendientes de sí mismos, ansiosos por corregir sus deficiencias psicológicas, por gestionar sus sentimientos y por encontrar la mejor forma de florecer o crecer personalmente. (Cabanas e Illouz, 2019, p. 20).

No es casual la explosiva irrupción del *coaching* ontológico, de los libros de autoayuda y de la multiplicidad de bienes y servicios que traen consigo aparejada la idea de la concreción de la felicidad a partir de su consumo y de la incitación a ostentar felicidad en redes sociales. “La nueva fórmula de dominación es ‘sé feliz’. La positividad de la felicidad desbanca a la negatividad del dolor“ (Han, 2021, p. 23).

En suma, cuando se habla de imperativo de felicidad nos estamos refiriendo a una presión y exhortación política, social y cultural que a través de recursos discursivos y por el medio del lenguaje impone la obligatoriedad de la felicidad. Mientras que la propone como fácilmente alcanzable, desdibuja su génesis política-ideológica, alejando este fenómeno de dichas esferas y acercándolo a condiciones antropológicas y psicológicas ya dadas. La felicidad ‘impera’ porque se inscribe en la subjetividad en sintonía con los demás elementos emblemáticos y valores de nuestra época.

Subjetividad, biopolítica y la felicidad como objeto de poder

Si la felicidad se inscribe como mandato en un individuo, es porque tiene un medio para instituirse como tal. Ese medio es la subjetividad que está configurada por identidades, comportamientos sociales, relaciones de poder, discursos y saberes con efectos de verdad. Por lo tanto, la felicidad afecta en el plano de lo subjetivo, que a su vez debe producirse. En tal caso, un individuo debe constituirse como sujeto en interacciones intersubjetivas, en donde la felicidad ha tomado fuerza en las distintas dimensiones de la subjetividad.

Desde Descartes se discute sobre la ontología del sujeto, su condición y estado. Esa primera tesis cartesiana que lo definía por su condición de pensante y la conciencia del acto de pensamiento se erigió, fue difundida, criticada y del mismo modo construyó un sistema de pensamiento y unas lógicas para comprender al sujeto humano en los tiempos posteriores a Descartes. Hoy día, el esfuerzo del pensamiento se aleja de esa concepción universal de la

racionalidad y sus adyacentes como máxima inherente a la naturaleza humana y supuesto ontológico-epistemológico. El sujeto comenzó siendo un problema de la filosofía que luego se trasladó al campo de la Psicología.

Desde la obra de Foucault se comprende a la subjetividad como una construcción histórica. Si no hay subjetividad, no hay sujeto. El sujeto debe subjetivarse. Foucault (2007) en *Historia de la Sexualidad* desarrolla la noción de *biopolítica*, que sirvió para dar cuenta del poder de control que recae sobre las masas poblaciones y los individuos para regular y gestionar la vida en su totalidad. Las sociedades han empleado diversos mecanismos de esta índole desde los albores de la modernidad, por el siglo XVII.

En este punto es interesante la distinción que plantea Agamben(1998), para él, en su análisis de la subjetivación y la politización de la vida, el individuo es la condición meramente biológica y existencial, mientras que el sujeto es un producto político.

Silvia Bleichmar (1993), desde un enfoque psicoanalítico, utiliza el término laplanchiano «cachorro humano» para referirse a esos individuos (bebés) que van a ser introducidos en la cultura. Comenta de la madre: “es necesario considerarla como un ser en conflicto, provisto de inconsciente y agitado por mociones de deseo enfrentadas que abren la posibilidad de clivaje en la tópica del cachorro humano cuya humanización tiene a cargo” (Bleichmar, 1993, p. 46). En esta instancia se dan dos procesos: la constitución psíquica y la producción de subjetividad.

Bleichmar (2001, p. 4) con respecto a la producción de subjetividad entiende que “es el modo por el cual la sociedad define leyes y reglas con las cuales un sujeto tiene que incluirse en la vida social”. también considera que la producción es de “un sujeto histórico y potable socialmente” (Bleichmar, 2003, p. 1). Lo primero se puede entender porque hay una sociedad, una época y una cultura que le preceden. Lo segundo es una palabra llamativa, pero no menos precisa. Coloquialmente se utiliza este término para referirse a cosas que son

aceptables para cumplir una función, generalmente referido a líquidos que están aptos para ingerir. El entramado social tiene que poder incorporar a su funcionamiento al sujeto en cuestión.

Por ende, desde este ángulo, el sujeto se constituye como tal inmerso en una cultura que lo subjetiviza. En este proceso, entre otras cosas, queda sujetado de un modo singular a las normas y leyes que una sociedad y una época le proyectan. Por tanto, para describir las subjetividades contemporáneas se hace pertinente, primero, caracterizar la sociedad actual, sus discursos y los mecanismos de control y regulación que operan sobre la subjetividad que son propios de nuestra época.

Volviendo sobre Agamben (1998, p. 14) las *tecnologías del yo* generan acciones sobre el individuo “mediante las que se efectúa el proceso de subjetivación que lleva al individuo a vincularse a la propia identidad y a la propia conciencia y, al mismo tiempo, a un poder de control exterior”. Finalmente, su objetivo es el disciplinamiento del cuerpo cual si fuera una máquina a perfeccionar. Involucra su adiestramiento, distribución de las fuerzas y economía de las energías.

Estas técnicas generan, entre otros efectos, un obrero más útil y dócil. Ya que, no obstante, no hay que pasar por alto que en estas épocas dónde estas nuevas formas de poder se estaban desarrollando coincide con los tiempos en los que el capitalismo se estaba gestando y consolidando como nuevo sistema de organización social. “Ese bio-poder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos” (Foucault, 2007, p.170).

El vínculo entre capitalismo y *producción de subjetividad* es conceptualmente un fundamento indispensable para comprender desde una mirada crítica todo fenómeno

emergente desde la modernidad hasta aquí. Este prisma de la subjetividad como construcción con cimientos en el capitalismo que propone Foucault para dar cuenta del poder sobre la vida y sobre los cuerpos, posibilita pensar la instalación de felicidad como efecto de discursos y prácticas.

Desde esta perspectiva, la felicidad puede ser categorizada como un dispositivo para gobernar, en donde la regulación del cuerpo social y el disciplinamiento de los individuos se articulan en pro de las lógicas del capitalismo. En este sentido, se toma la perspectiva foucaultiana, en cuanto refiere a una visión de la subjetividad como objeto de proyectos políticos para analizar cómo se introduce y se desliza la noción de felicidad.

Hipermodernidad, psicopolítica, el retorno del individualismo (hiperexaltado) y la felicidad-placer como (única) alternativa del poder-ser

Los tiempos actuales ya no son exactamente los de la disciplina y regulación propia del siglo XVIII. El fin de nuestras sociedades no es exclusivamente el control y el orden de los individuos o la regulación y normalización de sus conductas. Estos objetivos sociopolíticos corresponden a la modernidad, que Foucault sitúa su comienzo por el siglo XVIII y que coincide con el surgimiento del capitalismo. Aquí también emergen los Estados-Nación que catapultan la figura del individuo autónomo para que a través de determinadas prácticas los sujetos se puedan gobernar a sí mismos a partir de dispositivos de vigilancia. Las metas de la disciplina se relacionan con el aumento de la fuerza productiva.

La sociedad actual no es coercitiva, no castiga, no regula, al menos desde lo discursivo. En la modernidad se reforzaban algunas conductas y se reprimían otras para fines específicos por medio de tecnologías. Un agente exterior requería determinados comportamientos de un individuo en contextos específicos. Ese individuo con su libertad y su capacidad para gobernarse a sí mismo realizaba esas acciones.

Hay varios autores que visibilizan en nuestras sociedades otras formas y tecnologías de poder sobre los sujetos que no son exactamente las de la biopolítica moderna. Gilles Lipovetsky, Byung Chul-Han y Franco Berardi en sus obras realizan análisis agudos de algunos fenómenos emergentes de nuestras sociedades contemporáneas. En algunos textos de estos autores se encuentran significativas contribuciones para pensar esta problemática, en donde la cuestión de la felicidad aparece en algunas ocasiones de forma tangencial y en otras es abordada de manera directa.

Hoy día en lo discursivo el foco está puesto en ese individuo, en esa libertad, en esa capacidad para autogestionarse y no en las tareas en sí. “En la sociedad neoliberal del rendimiento las negatividades, las obligaciones, las prohibiciones y los castigos, dejan paso a positivities tales como la motivación, la auto optimización o la autorrealización”. (Han , 2021, p.22). Ese individuo que por medio del discurso de la libertad se transformaba en una unidad funcional de la maquinaria, actualmente parece ser el fin último de la cosmovisión contemporánea. El individualismo como valor propio de la modernidad se ve exacerbado y multiplicado, pero quizás con otros sentidos y objetivos. Si cada individuo es para sí, la felicidad como valor deja de ser una cuestión pública, para ser un problema íntimo de cada quien.

Lipovetsky (2006, 2010) en sus trabajos desarrolla el concepto de Hipermodernidad, término que emplea para designar a lo contemporáneo. Con un primer pantallazo a las definiciones proporcionadas por la RAE para el prefijo ‘hiper’ ya se puede entrever lo que pretende decir Lipovetsky. Informa la RAE que significa 'por encima de', 'exceso' o 'grado superior al normal'. Lo que expresa Lipovetsky no está alejado de esto, conforme a sus proposiciones hay una exaltación, una exacerbación de las características y valores propios de la modernidad. Hipercapitalismo, hiperconsumo e hiperindividualismo son la carta de presentación de esta contemporaneidad.

El triunfo de la visión antropológica del *homo economicus* y la confianza colocada sobre el mercado, las bolsas, rentabilidades y el área financiera desplazan al modelo de industrias y fábricas con regulación estatal. El Estado es cada vez menos poderoso. Está nueva embestida del liberalismo logró su cometido. Dice Lipovetsky (2010), “El hipercapitalismo es el primer sistema que por primera vez en la modernidad, se desarrolla sin auténtica competencia, sin alternativa creíble”(p. 42).

Como el Estado se cae, también se están cayendo otras instituciones sociales como la Familia y la Iglesia y con ellas los valores que pregonan. Esto provoca un movimiento, el yo solo se centra en satisfacerse a sí mismo.

La retórica sentenciosa del deber ya no está en el corazón de nuestra cultura, la hemos reemplazado por las solicitudes del deseo, los consejos de la psicología, las promesas de la felicidad aquí y ahora. Al igual que las sociedades modernas han erradicado los emblemas ostentativos del poder político, han disuelto las evidentes conminaciones de la moral. La cultura sacrificial del deber ha muerto, hemos entrado en el período posmoralista de las democracias. (Lipovetsky, 2000, pp. 46-47)

El hiperindividualismo se apuntala también sobre un hiperconsumo. Los servicios de venta online funcionan las 24hs. El sujeto queda inmerso en una suerte de *zapping* de compra-venta en donde va moviéndose de un producto a otro a toda hora sin un regulador.

Este es el paisaje de la hipermodernidad, de acuerdo a Lipovetsky (2000, 2006, 2010). Cómo se desarrolló anteriormente el deber ser tiene otras características y formas de manifestarse, sufrió una metamorfosis enunciativa. Ese hiperindividualismo que marca Lipovetsky y la psicopolítica de Han plantean otro escenario para la manifestación de las

obligaciones epocales, contexto que en un análisis de la felicidad de esta índole no es correcto descartar.

En pocas décadas, hemos pasado de una civilización del deber a una cultura de la felicidad subjetiva, de los placeres y del sexo: la cultura del self-love nos gobierna en lugar del antiguo sistema de represión y de control dirigista de las costumbres, las exigencias de renuncia y austeridad han sido masivamente reemplazadas por normas de satisfacción del deseo y de realización íntima, ésta es la ruptura más espectacular del ciclo posmoralista. (Lipovetsky, 2000, p. 49)

Este constante salto de un objeto a otro, acompañado de la ausencia de instituciones se convierte en una angustia ya más de registro existencial. Aquí aparece la felicidad propulsada por ese significado que la propone como cúspide de la experiencia humana se encuentra únicamente en ese estado autoperceptivo de felicidad totalizador de todo significado de bienestar humano. Si no hay Estado, Familia, Escuela, lo que queda es el individuo a solas consigo mismo y sus propios valores: excelencia, felicidad, productividad, rendimiento. Este es el punto de convergencia entre el relato de la felicidad y el relato de la productividad. La felicidad y la productividad son dos líneas discursivas que no son contrapuestas, sino que por el contrario, son complementarias. Esto se debe al gran triunfante discursivo de la hipermodernidad: el macrorrelato del individualismo, que las hace converger y las articula.

La felicidad es el fin inapelable del individuo. El individuo como supuesto ontológico y antropológico “no tiene nada que ver” con construcciones sociales y proyectos sociopolíticos, ya que es “por naturaleza” y una cuestión “biológica”, del mismo modo que la búsqueda de felicidad.

Anteriormente se señaló que algunos autores plantean algunas distinciones de estas sociedades con respecto a las sociedades disciplinarias de la Modernidad que menciona Foucault.

Hay quienes empezaron a esbozar la noción de *psicopolítica* a partir de las configuraciones propias de nuestras sociedades actuales. Byung Chul Han (2014) es quien emplea el concepto como tal en su obra, lo define y lo articula con otros conceptos para dar cuenta de las sociedades contemporáneas, este concepto y sus adyacentes serán tratados a continuación. No obstante, cabe señalar que Franco Berardi (2003) en su obra *La fábrica de la infelicidad* trabaja indirectamente la idea de un pasaje hacia la psicopolítica y además desarrolla algunas líneas que se pueden entender pertinentes para el análisis sobre la felicidad en la actualidad.

Respecto a la *psicopolítica*, Berardi (2003) al explicar lo que está pasando con el capitalismo y sus mutaciones en la actualidad, sostiene que “en el proceso de trabajo cognitivo queda involucrado lo que es más esencialmente humano: no la fatiga muscular, no la transformación física de la materia, sino la comunicación, la creación de estados mentales; el afecto y el imaginario son el producto al que se aplica la actividad productiva”(p. 69).

El autor distingue una transformación entre el trabajo cognitivo imperante en la actualidad y el trabajo obrero, clásico de las industrias y las fábricas que va perdiendo terreno. El primero es un emergente de las condiciones que propone el capitalismo actual y la *new economy* promotora de empleos en software, tics, *freelance* y contenido digital. El segundo es el fordismo en sus diferentes versiones implica líneas de montaje, repeticiones, serialidad, producción de bienes materiales.

Estas formas de trabajo no son mutuamente excluyentes, en cambio el trabajo cognitivo va conquistando las ofertas del mercado laboral a medida que el trabajo obrero se va evanesciendo. Esta mutación conduce a una nueva producción de subjetividad porque son

otras las condiciones de despliegue. El gran contraste está en las habilidades requeridas en el trabajo cognitivo, ya que no se producen bienes tangibles.

En el centro de la new economy, entendida como modelo productivo y como discurso cultural, se halla una promesa de felicidad individual, de éxito asegurado, de ampliación de los horizontes de experiencia y de conocimiento. Esta promesa es falsa, falsa como todo discurso publicitario. Impulsados por la esperanza de lograr la felicidad y el éxito, millones de jóvenes trabajadores altamente formados han aceptado trabajar en condiciones de un espantoso estrés, de sobreexplotación, incluso con salarios muy bajos, fascinados por una representación ambigua en la que el trabajador es descrito como un empresario de sí mismo y la competición es elevada a regla universal de la existencia humana. (Berardi, 2003, p. 19)

Para sintetizar, esta nueva forma de trabajo valora las habilidades, toma de decisiones, gestión de la información, entre otras. En divergencia, el trabajo obrero industrial valora la capacidad física, la energía, el cuerpo dócil y adaptable, etc. La nueva economía (*new economy*) y el trabajo cognitivo en su doctrina promueven la creencia en el éxito, la competencia y la felicidad como consecuencia inherente a la incursión dentro de este modelo. Hecho que en la práctica acaba por mostrarse falso. De esta forma, Berardi (2003) hace visible que para maximizar el rendimiento el capitalismo tardío pretende generar *estados mentales y emociones* con trabajos en la red e incursión en la virtualidad. Así es como Berardi (2003) esboza, de algún modo, lo que Han (2014) va a denominar psicopolítica.

Han (2012, 2013, 2014, 2016), a lo largo de su producción, expone que hay un pasaje desde lo que él considera un poder negativo propio de las sociedades disciplinarias de Foucault hacia un poder positivo de lo que él llama "sociedad del rendimiento" (Han, 2012, p.

27). Ya no se empeña el poder en controlar desde el exterior, adiestrar, optimizar, etc., sino que se promueve el rendimiento, la competencia, adscribiendo a la responsabilidad, libertad y poder individual.

Comenta Han (2014) que el neoliberalismo como evolución del capitalismo no se encarga primeramente de lo biológico y el cuerpo. Por el contrario, encuentra la psique como fuerza productiva. En este uso del psiquismo y centralización en el convencimiento subjetivo de competitividad el neoliberalismo también promueve la exhibición de esa competitividad, de esos resultados, de ese rendimiento, etc.

Con el avance de las TIC y las redes sociales esto se intensifica hasta convertirse en una transparencia total, en la que la interioridad se diluye casi en absoluto. Transparencia que conduce a un monitoreo feroz, incluso más potente que el panóptico (2002) de Foucault, todo en favor de mostrar esa información que dé cuenta del desarrollo propio. Como los sujetos están convencidos de que el rendimiento -en cualquier ámbito- es su gran trofeo y propósito, ahí se genera una doble positividad, primero por los datos que circulan en demostración de tal logro y segundo debido a que ese relato fue introyectado con voracidad. Hecho que explica la compulsión por mostrar felicidad en las redes sociales. La felicidad se convierte en la presea dorada a ser exhibida. No obstante, es un galardón de corto plazo, siendo este otro factor por el que la búsqueda de felicidad se vuelve compulsiva.

El poder, de acuerdo con Han (2016), se desliga de un forzamiento medianamente perceptible para convertirse en una seducción inexorable que resulta ser más atractiva, eficaz y duradera. En definitiva, esto es la psicopolítica. El poder ser es más efectivo que el deber ser y ahí está la mutación, pero subyace y circula el poder con la misma o más intensidad que en las sociedades disciplinarias. Esta dimensión se hace presente en todos los mandatos que propone la hipermodernidad contemporánea. El más estudiado y foco de las críticas culturales más actuales, es el mandato de productividad y rendimiento, en el que el sujeto es atosigado

por la culpa de no ser lo suficientemente bueno, por no ser eficiente y eficaz, por no optimizar sus recursos para conseguir el éxito. “El régimen neoliberal presupone las emociones como recursos para incrementar la productividad y el rendimiento” (Han, 2014, p. 38)

El sujeto nunca alcanza los estándares de rendimiento y productividad solicitados, entonces, entra en un trajinar en el que persigue -culposamente- esos estándares que no puede alcanzar. Esa carrera pretende enmendar y reparar una ineptitud, ineficacia, incompetencia que se instituye como verdad propia en el sujeto por no responder a las exigencias -también adoptadas como propias- de rendimiento y productividad.

Esto sugiere que la felicidad asciende como posibilidad dentro del horizonte existencial como una evolución del deber ser que modifica su eslogan y su léxico, pero produce el mismo efecto intensificado gracias a que esa mutación discursiva neoliberal le permite crear otras condiciones de despliegue bajo el poder-ser.

Estos métodos con sus luces y sus sombras generan estados de felicidad por la actividad en sí misma y un placer agregado por estar respondiendo al ideal identificado de la época, por ‘ser feliz’, por la significación que esta tiene como completud de la subjetividad humana.”La automotivación y la auto optimización hacen que el dispositivo neoliberal de felicidad sea muy eficaz, pues el poder se las arregla entonces muy bien sin necesidad de hacer demasiado” (Han, 2021, p. 23). Así también, los estados que ofrecen estos caminos no son duraderos, son más bien efímeros.

De aquí, que el sujeto incurra en una persecución interminable de estos estados por propia convicción de poder, ensayando diversas vías. El sujeto queda alienado en una perpetua búsqueda de estados de felicidad pasando por compras de productos o servicios, viajes, vínculos afectivos, estilos de vida, psicofármacos, drogas y demás ofertas que el mercado de la felicidad tiene para los consumidores.

Sufrimiento por la felicidad: culpa, ideal del yo y superyo

De acuerdo con la perspectiva de los autores con los que aquí se dialoga, se desprende que la búsqueda de la felicidad como motor existencial está entrelazada primeramente con una efervescente y exaltante intolerancia al dolor o al sufrimiento psíquico. El dolor o el sufrimiento psíquico se ha transformado en un otro a exterminar. “La pasividad del sufrimiento no tiene cabida en la sociedad activa dominada por las ‘capacidades’. Hoy se priva al dolor de toda posibilidad de expresión.” (Han, 2022, p. 14). Es un extranjero indeseable a erradicar en la brevedad de lo posible porque no parece tener nada de real, sino más bien ser una mera construcción ficcional psicosomática, consecuencia de una falla óptica. “El dolor se interpreta como síntoma de debilidad. Es algo que hay que ocultar o eliminar optimizándolo. Es incompatible con el rendimiento” (Han, 2022, p. 14). Si el padecimiento subjetivo no es real, sino una apreciación equívoca, el sufriente simplemente es un individuo que no es capaz de ajustar racionalmente sus pensamientos, afectos y conductas para tener una interpretación adecuada sobre los hechos en pro de encontrar la vía o el objeto correcto para su felicidad.

No sólo la felicidad constituye, junto con el mercado de la espiritualidad, la mayor industria de la época, sino que es también, y con la mayor exactitud, el nuevo orden moral: por eso prolifera la depresión, por eso cualquier rebelión contra este pegajoso hedonismo invoca constantemente la infelicidad y la angustia. Somos culpables de no estar bien, un mal del que tenemos que responder ante todos los demás y ante nuestra jurisdicción íntima. (Bruckner, 2001, p. 58)

Sin embargo, el efecto deseado y producido por estos objetos y métodos es limitado y agotable. En esos vacíos originados por la finitud de los estados que se obtienen, es donde el sufrimiento hace visible su entidad, una y otra vez.

Cuando una marca refresquera, se anuncia como el contenido de la felicidad, hay mucho que sospechar. Lo mismo cuando se vuelve una creencia generalizada asociar la felicidad con una carita sonriente y la alegría. Sobre todo porque su incumplimiento se torna un asunto moral que culpabiliza a quien no cumple con esos visos de felicidad. (Zamora Borges, 2024, p. 102)

Así se produce esa compulsiva y perpetua búsqueda de felicidad, motivada en primer término por la voluntad de salir instantáneamente de ese estado de padecimiento, malestar, tristeza, etc. En segundo lugar, por la negación a mostrarse como sufriente en sus redes vinculares, a quienes el sujeto adjudica una posesión del bien de la felicidad que él no obtiene pero que el otro sí, claro, porque las condiciones están ‘dadas’ y el es ‘único’ que no puede.

Para ambas opciones, por el sí mismo, o por el otro, el sustento es idéntico, se dio una introyección de una ‘ley’ que dicta que el sufrimiento no tiene lugar y como no se acata genera culpa. En este tópico de discusión es pertinente realizar una aclaración. A pesar de que las conjeturas de Lipovetsky y sobre las dinámicas contemporáneas son precisas y útiles para darle una interpretación a las variables sociológicas y culturales que impactan sobre la subjetividad en nuestro tiempo, su postura de que la culpa ya no tiene lugar en estas épocas, posición que en *El Crepúsculo del deber* (2000) menciona en varias oportunidades, es quizás determinista y absolutista. En el caso de Han (2012, 2013, 2014, 2016, 2022) se percibe en sus postulados una radicalización y absolutismo centralista en la producción de subjetividad neoliberal que acaba por negar al sujeto del inconsciente y al superyo.

Si es verdad que no estamos en las épocas de las neuróticas de Freud, también es cierto que la problemática moral no tiene la misma cualidad que tenía en esas épocas. Asimismo, es comprensible su afirmación acerca de que el “reino del individualismo deletéreo” (Lipovetsky, 2000, p.14) elimina el deber y la moral. No obstante, cuando Lipovetsky plantea el deber lo hace en términos de esos valores morales de las sociedades. Este hecho no implica que los sujetos no tengan valores e imperativos propios, sino que justamente cuando se ‘barren’ esas obligaciones externas el sujeto queda a merced de sí mismo fundamentado en el individualismo con leyes ‘propias’. “En todo caso, si en las sociedades disciplinarias de la época freudiana se prohibía gozar, ahora gozar es una orden” (Ferrante, 2018, p. 3). Por lo tanto, está a la vista que los ideales y los mandatos algo ‘tienen que ver’ en el sufrimiento hipermoderno. El planteo freudiano de escisión del yo en el proceso defensivo explica que cuando se tensionan la realidad y la satisfacción se resuelve por la asunción de la angustia o por la producción del síntoma (Ferrante, 2018).

Tomaron otras formas de expresión, a partir de una moral que se instala bajo otras condiciones, pero ahí siguen estando. “Lo que acontece en la época es la sustitución de un imperativo por otro: en otras palabras, la pulsión no se extingue” (Ferrante, 2018, p. 3).

La culpa, en última instancia, refiere a una certeza inapelable en el sujeto de responsabilidad individual, el curso de los hechos pudo haberse dado de modo distinto, si se accionaba correctamente. Así el sujeto asevera con firmeza que no estuvo a la altura. De este modo, es como la culpa incuestionable se transforma en una fuente de angustia que agobia y somete al sujeto. “Por lo tanto, al final no hay mucho que elegir: no solo estamos obligados a ser felices, sino a sentirnos culpables por no ser capaces de superar el sufrimiento y de sobreponernos a las dificultades” (Cabanas & Illouz, 2019, p. 21).

El pensamiento positivo es una fuerza ideológica y cultural que se empeña en que el sujeto niegue la realidad, se enfrente con pensamiento positivo a los infortunios y se culpe a sí

mismo por el destino (Ehrenreich, 2018). A su vez, el discurso en el imperativo de felicidad está estrechamente relacionado con la ‘aptitud’, la ‘capacidad’ y la ‘adaptación’. En este contexto, quien no es capaz, no puede ser feliz, porque ser feliz implica tener capacidad para ubicarse de un modo preciso en determinados parámetros ópticos para mirar sobre sí, ya que la felicidad se produce en un cambio de perspectiva que se realiza mediante una operación racional. No solo se siente inútil quien no produce capital adecuadamente, sino quien no produce su felicidad. Para ser productivo se requiere hacer uso de la racionalidad y para ser feliz también. Quien no pueda concretar una, difícilmente pueda lograr la otra. Ser feliz, racional, productivo, implica un movimiento, una actividad, una transformación de un estado anterior.

Considerando lo expuesto hasta aquí, si nos servimos de algunos conceptos de Gaulejac (2013) sobre las trayectorias sociales y los conflictos de identidad, se pueden abrir algunas líneas de análisis para pensar la problemática aquí trabajada. Para Gaulejac (2013) el superyó, yo y los ideales se forman en la interacción en el seno de la familia que a su vez es emisaria de lo social y está particularmente determinada por las circunstancias de la clase social. En esta situación, se forma el yo y el sujeto asume un proceso identitario. En lo intersubjetivo también se internalizan a nivel inconsciente el superyó y el ideal del yo. En el caso del primero, estamos hablando de normas y leyes culturales que prohíben algunos comportamientos y habilitan otros. El segundo, refiere a esas aspiraciones profundas, a esas representaciones asociadas a estados de completud que todo sujeto pretende ser y lograr. Estas dos instancias funcionan como mandatos y están marcados por el goce.

En este sentido, si el individualismo y el imperativo de felicidad son ideales sociales y parte nodal de la cultura contemporánea que atraviesa a las nuevas generaciones e inundan las redes sociales, nos queda preguntarnos: cómo opera la culpa en ese yo que asume la angustia?.

Gualejac (2013) en *Neurosis de Clase*, texto en el cual plantea estas conceptualizaciones del súper yo y el ideal del yo, lo hace para analizar justamente esta categoría que da nombre al libro y que el autor introduce en ese campo clínico que se conforma en la frontera difusa entre la sociología y la psicología. La Neurosis de Clase surge cuando el yo en algunas situaciones de movilidad social tiene que mediar entre la situación actual, el superyo y el ideal del yo.

Esta divergencia de varios frentes, acaba por dejar al sujeto en estado de tensión en muchas ocasiones al no resolver adecuadamente estos conflictos. Un sujeto internaliza valores, ideales y pautas de comportamiento de su clase social y además puede incorporar algunos de otra clase social, lo que ya genera conflictos en la identidad debido a que muchas veces son contradictorios entre sí. El sujeto no solo tiene que responder a los ideales de su clase, sino que en ocasiones debe resolver incompatibilidades de esta índole.

A su vez, en circunstancias de movilidad social efectiva, el nuevo contexto que recibe al sujeto le coloca nuevas expectativas que colisionan con el derrotero de su historia de vida, sus ideales, valores y su accionar habitual. Aquí aparece la culpa como síntoma, en primer término, debido a que el superyo y el ideal del yo, siguen insistiendo con las leyes y proyecciones de la clase de origen. En segundo término, la culpa aparece cuando no se responde a lo que la nueva clase espera.

En este trabajo se ha remarcado el carácter actual y novedoso del imperativo de felicidad como ideal de nuestra época. También se ha expuesto su vínculo con el individualismo, el gran ideal reinante de la contemporaneidad. No obstante, vale clarificar que el individualismo lleva algo más de tiempo circulando en el imaginario social. La culpa que conforme con lo desarrollado anteriormente se relaciona con el deber que imponen el superyo y el ideal del yo, en el individualismo dictan que se debe ser libre y reivindican el egoísmo, la autonomía y la autosuficiencia.

Tomando de la Neurosis de Clase esta idea de que los ideales y valores compatibles o no, siempre conflictúan, se puede comprender que la felicidad como un nuevo factor que se introduce en el deber-ser que produce culpa. Esta culpa es generada por la presión del nuevo ideal que se inserta y tal vez por contrariar otros significantes que también están circulando. De este modo, es como en la problemática de la felicidad tiene también su afectación en la dimensión subjetiva.

Reflexiones finales

La felicidad de acuerdo con lo desarrollado no es solo un concepto abstracto propio de reflexión lógica y filosófica, sino que además se constituye como un componente y objeto de procesos políticos, históricos, económicos y sociales que repercuten sobre la subjetividad en nuestra temporalidad. Esta época hipermoderna implica un cambio en los modos que se producen las subjetividades.

La felicidad puede ser un dispositivo, un discurso o una ideología que se le presenta a un sujeto, pero cómo esos procesos históricos marcan al sujeto es único e irreproducible, a partir de ello, es una problemática que se manifiesta a nivel singular. Se puede analizar en un trabajo lo sintomático de una cultura, sin embargo, no se puede capturar cada caso singular con las interpretaciones producidas de la misma.

Las dimensiones políticas, sociales y culturales en la actualidad buscan afectar lo psicológico, la afectividad, el pensamiento. En cuanto a la felicidad, el sujeto recibe recursos hermenéuticos, ideológicos y epistémicos que pretenden condicionarlo. Esto tiene dos efectos contradictorios. Por un lado, lo inducen a comportarse y adecuarse a las nuevas formas de producción y circulación de las relaciones de poder socioeconómicas para optimizar el engranaje, en el que la búsqueda de la felicidad está jugando un papel elemental. Por el otro, la realidad y la materialidad se anteponen a lo discursivo, por medio del sufrimiento y el

vacío. “El dispositivo de felicidad aísla a los hombres y conduce a una despolitización de la sociedad y a una pérdida de solidaridad. Cada uno debe preocuparse por sí mismo de su propia felicidad. La felicidad pasa a ser un asunto privado.” (Han, 2021, p. 24).

No fue objeto de este ensayo construir una negación ontológica de la felicidad, ni tampoco banalizar su debate. La pregunta por la felicidad sigue vigente, como todas las interrogantes que refieran a las características más propias de la condición humana. La intención era problematizar los efectos de este espiral que se formó en torno a un concepto que se pretende instalar como universal y homogéneo dentro de una sociedad profundamente atravesada por lógicas mercantilizadas que procuran lubricar el funcionamiento de un dispositivo que se empeña en negar sistemáticamente el carácter polifónico, heterogéneo, inacabado, singular y colectivo de cualquier propósito humano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (1998). *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*. Pre-textos
- Ahmed, S. (2021). *La promesa de la felicidad: Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.
- Álvaro, D. (Coord.). (2021) *Vidas diseñadas. Crítica del coaching ontológico*. UBU Ediciones.
- Alvaro, D., & Hijós, M. N. (2020). *Rompé tus barreras: Un análisis sobre el uso del coaching ontológico en la plataforma de entrenamiento de nike en Buenos Aires*. *Arxius de Ciències Socials*, 42. 103-107
- Béjar, H. (2011). Cultura psicoterapéutica y autoayuda. El código psicológico-positivo. *Revista de sociología*, 96 (2), 341-360.
www.raco.cat/index.php/Papers/article/view/241981
- Berardi, F. (2003). *La fábrica de la infelicidad: nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Traficantes de sueños
- Bleichmar, S. (1993) *La fundación del inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Amorrortu Editores.
- Bleichmar, S. (2001) *La infancia y la adolescencia ya no son las mismas. Qué se conserva hoy de la infancia que conocimos*. Conferencia pronunciada en el marco del Curso “La niñez y la adolescencia ya no son las mismas, lo que todavía no se dijo”.
- Bleichmar, S. (2003). Conferencia “acerca de la subjetividad”. UNR Rosario
- Brito-Alvarado, L. X., Guamán Guadalima, N., & Capito Álvarez, P. (2020). *El imperativo de la felicidad en la literatura de autoayuda. La cosificación del sujeto moderno*. *Question/Cuestión*, 1(65), e241. <https://doi.org/10.24215/16696581e241>
- Bruckner, Pascal (2001). *La euforia perpetua: sobre el deber de ser feliz*. Tusquets Editores.
- Cabeza Abuin, S. (2023). *El psicoanalista confrontado al imperativo de la felicidad (preludio I)*. Colegio de Psicoanálisis de Madrid.

- Cabanas, E., & Illouz, E. (2019). *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Planeta.
- Fernández, M. (2014). *El lugar de lo emocional en la práctica profesional del coaching ontológico*. XI Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario.
- Ferrante. (2018). *Lo inconsciente en la época de la psicopolítica*. Analytica del Sur
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad /Vol. 1. La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.
- Gallardo Vergara, R. (2019). *Desde el imperativo del optimismo hacia una espiritualidad bonachona: indiferencia, autocentramiento y estoicismo*. Revista Stultifera, 2 (2), 32-58
- Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, B. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder.
- Han, B. (2014). *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder.
- Han, B. (2016). *Sobre el poder*. Herder.
- Han, B.(2022). *La sociedad paliativa*. Herder.
- Lipovetsky, G. (2000). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2010). *La cultura-mundo*. Anagrama.
- Manacorda, B. (2023). *El coaching y las prácticas corporales : el cuerpo del imperativo de la felicidad*. En Actas. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Mill, J. S. (2017). *Sobre la libertad*. Freeditorial
- Mill, J. S. (2007). *El utilitarismo*. Alianza

Perez del Rio, F. (2007). *El imperativo de felicidad*. Liberaddictus, N 95. ISSN-e 1405-6569

Rousseau, J. (1999). *El contrato social: o los principios de derecho político*. El Aleph

Editores

Smith, A. (2014). *Teoría de los sentimientos morales*. EpubLibre

Smith, A. (2015). *La riqueza de las naciones*. EpubLibre

Voltaire. (2014). *Cándido o el optimismo*. Freeditorial

Zamora Borge, P. (2024). Del deber de ser feliz. *Murmillos Filosóficos*, 3(5), 97–104.

Recuperado a partir de

<https://revistas.unam.mx/index.php/murmillos/article/view/88423>